

Table with subscription rates for 'Fuera' and 'Jerez' for 'Trimestre' and 'Un año'.

ANUNCIOS á precios convencionales.

Redacción y Administración Compás, 2

El Guadalete.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852)

Table with train schedules for 'FERROCARRILES' between Jerez, Sevilla, Cádiz, Sanlúcar and Chipiona.

Año XLIII.

Jerez de la Frontera: Lunes 4 de Enero de 1897.

Núm. 12516

El Guadalete.

ADVERTENCIA.

Atendiendo las observaciones de gran número de nuestros suscriptores...

Fin del siglo

Pepe, había pasado ya de la edad de las ilusiones á pesar de sus pocos años.

Se hizo hombre práctico á su manera, y para conseguirlo, sacó el corazón del pecho y lo encerró dentro de un portamonedas enorme que llevaba de continuo en el bolsillo.

En una palabra: Pepe no hacía buenos negocios porque el centro de sus operaciones estaba en mal sitio, y cambio de local.

Esto es, se guardó el corazón en el bolsillo, como digo anteriormente.

Y fué feliz encerrado en su despacho, un despacho á donde no llegaban las carcajadas de los felices ni los bostezos del menesteroso.

Perdonen ustedes en gracia á la espontaneidad esta declaración que acabo de consignar más arriba.

Hay mucha distancia entre la piedra que rueda por falta de equilibrio, y el hombre que anda por estos mundos con su cerebro útil para buscar el nivel y evitar los tropiezos.

Y digo mi interrumpida relación.

En la carta, me decía mi amigo: Me hizo hombre práctico dedicándome á los negocios y hoy me permiten éstos abandonarlos un poco para pensar en la otra mitad de lo que constituye la vida.

Yo voy para viejo: tengo treinta y cinco años y la lucha por la vida trae aparejada una vejez prematura.

Te advierto que estoy decidido á casar: me la importancia de mis negocios exige que me ponga en compañía y en negocios no se puede ser terco.

El artículo que aquel hombre de negocios me pedía era de difícil obtención.

Después de examinar el artículo, escribí á Pepe lo que sigue:

«He visto las dos piezas que pudieran convenirte porque más se ajustan á tus instrucciones. Helas aquí:

Milagros, es una viudita casi niña á juzgar por su tamaño diminuto y la alegría que resaca en su cara.

Milagros tiene encantos irresistibles, tanto en lo moral como en lo físico: es una mujer de belleza provocadora y suma una instrucción que parasi la quisieran algunos eruditos.

Milagros tiene sociedad y tiene mundo; lo primero, porque es educada y la educación trae. Es elegante, elegantísima, pero cómo, amigo Pepe! su elegancia es una de esas que en los salones brillan y se imponen por su sencillez encantadora.

El artículo que aquel hombre de negocios me pedía era de difícil obtención.

Después de examinar el artículo, escribí á Pepe lo que sigue:

«He visto las dos piezas que pudieran convenirte porque más se ajustan á tus instrucciones. Helas aquí:

fin amigo Pepe, comprendo el alto precio á que se cotizan las viudas.

La otra mujer que te propongo es una encantadora soltera que se llama Martirio y que en efecto martiriza.

Martiriza por su inocencia, su candorosa sonrisa, sus pudorosos movimientos. Es la flor que aun no tiene aromas porque no ha concluido de brotar del capullo, pero es una promesa de dicha, una letra á tres meses plazo cuyo vencimiento será un caudal de ventura.

A vuelta de correo, recibí carta de Pepe. «Leí tu carta: no me convienen los artículos que me recomiendas. Ya sabes que soy hombre práctico, y comerciante.

A otro asunto. Mándame catálogos de artículos de goma.»

R. G.

COLABORACIÓN INÉDITA.

LA ESTATUA ANIMADA

La dulzura de la voz de aquella mujer que le había pedido limosna con acento en trecoartado por los sollozos, produjo en Leopoldo Yara efecto indefinible y no pudo sustraerse al deseo de pararse á mirar á la mendiga.

Sobre el arrugado manto que ceñía su cabeza se destacaba una cara blanquísima y oval, de delicadas líneas y armónico conjunto.



El resto del cuerpo permanecía deformado bajo el traje harapiento, revelador de esa miseria hondísima que ha llegado al límite y produce verdadero frío.

La aludida inclinó aun más la cabeza y se puso á llorar.

Todos los hombres de quienes aquella noche había solicitado socorro, le hacían la misma pregunta: ¿Es que las mujeres hermosas no sienten iguales necesidades que las otras? Ella carecía de todo desde tres días antes y por fin habíase decidido á lanzarse á la calle como hubiera podido hacerlo desde el Viaducto.

Bajo la seda de la piel corrían estremecimientos de vida. El mármol blanco palpaba sobre olas de sangre.

La fiesta fué larga, brutal, repugnante con todos los excesos de la gula y sin los encantos del placer colmado.

Cuando terminó la cena, todos estaban ebrios tirándose mutuamente los restos del festín.

Por la estatua descendía menuda lluvia de dorado champagne que la arrojaban los demás comensales en el delirio de la embriaguez y de la hartura.

En medio del tumulto producido por las frases canallas, los gritos, las carcajadas y el golpeo incesante sobre la mesa y la vajilla, dejóse oír un reloj. Eran las doce.

Al oír las frases de Leopoldo exclamó la desgraciada:



—Todos me dicen lo mismo, señor, y sin embargo siento hambre, un hambre horrible que me tortura, un hambre que me desgarrá el cuerpo, y por satisfacerla soy capaz hasta de matar al primero que pase.

—No es preciso tanto para que te hartes —dijo Yara con indiferencia.—Si vienes conmigo podrás comer y además te obsequiaré con unos cuantos billetes de Banco...

—¿Perol...? —Aceptas, si ó nó? Las cosas claritas, pues no me agrada perder el tiempo.

—¿Y qué tengo que hacer? —Poca cosa... Venir á donde te llere... Tenemos en ese restaurant una reunión de amigos y de amigas y te presentaré como una conquista que acabo de realizar.

—Pero con esta ropal... —No, así no puedes permanecer en el gabinete donde nos congregamos... Ese traje es impropio del lugar y de la fiesta... se necesita otro más ligero... más trasparente... Quiero que bagas de centro de mesa con un ramo de flores en la mano y una guirnalda en la cabeza... Con eso solo estarás maravillosa... la sorpresa que preparo será inmensa y mi triunfo soberbio. Hablando contigo me he encariñado con esa idea y no puedo desecharla.

La infeliz había comprendido y apretó con rabia los dientes, pero luego se repuso y con voz débil balbuceó: —¿Y nada más? —Nada más.

La mendiga hizo un esfuerzo tremendo, se oprimió el pecho con las manos y dijo revelando profunda desesperación: —Vámonos.

Una hora después hallábase reunidos en un gabinete del restaurant varias personas, entre las cuales se encontraban tres ó cuatro mujeres de esas que van demasiado bien ataviadas para que pasen inadvertidas.

Todos se hacían lenguas de la hermosa escultura que adornaba el centro de la mesa, siendo sus brazos envidia de las damas y pasmo de los caballeros que ni un momento la perdían de vista.

La figura que parecía de mármol estaba inmóvil con la cabeza alta coronada de flores. En su mano derecha, tendida hacia arriba, empuñaba un gran ramo y en la izquierda tenía una copa vacía.

El movimiento que imprimía al cuerpo la posición de los brazos y de las piernas, algo separadas, daba á la estatua escorzos tentadores y relieves pronunciadísimos que eran curiosos con avidez escótica y gestos simiescos por aquellas gentes de estragado paladar.

Bajo la seda de la piel corrían estremecimientos de vida. El mármol blanco palpaba sobre olas de sangre.

La fiesta fué larga, brutal, repugnante con todos los excesos de la gula y sin los encantos del placer colmado.

Cuando terminó la cena, todos estaban ebrios tirándose mutuamente los restos del festín.

Por la estatua descendía menuda lluvia de dorado champagne que la arrojaban los demás comensales en el delirio de la embriaguez y de la hartura.

En medio del tumulto producido por las frases canallas, los gritos, las carcajadas y el golpeo incesante sobre la mesa y la vajilla, dejóse oír un reloj. Eran las doce.

Al oír las frases de Leopoldo exclamó la desgraciada:

—Todos me dicen lo mismo, señor, y sin embargo siento hambre, un hambre horrible que me tortura, un hambre que me desgarrá el cuerpo, y por satisfacerla soy capaz hasta de matar al primero que pase.

—No es preciso tanto para que te hartes —dijo Yara con indiferencia.—Si vienes conmigo podrás comer y además te obsequiaré con unos cuantos billetes de Banco...

—¿Perol...? —Aceptas, si ó nó? Las cosas claritas, pues no me agrada perder el tiempo.

—¿Y qué tengo que hacer? —Poca cosa... Venir á donde te llere... Tenemos en ese restaurant una reunión de amigos y de amigas y te presentaré como una conquista que acabo de realizar.

—Pero con esta ropal... —No, así no puedes permanecer en el gabinete donde nos congregamos... Ese traje es impropio del lugar y de la fiesta... se necesita otro más ligero... más trasparente... Quiero que bagas de centro de mesa con un ramo de flores en la mano y una guirnalda en la cabeza... Con eso solo estarás maravillosa... la sorpresa que preparo será inmensa y mi triunfo soberbio. Hablando contigo me he encariñado con esa idea y no puedo desecharla.

La infeliz había comprendido y apretó con rabia los dientes, pero luego se repuso y con voz débil balbuceó: —¿Y nada más? —Nada más.

La mendiga hizo un esfuerzo tremendo, se oprimió el pecho con las manos y dijo revelando profunda desesperación: —Vámonos.

Una hora después hallábase reunidos en un gabinete del restaurant varias personas, entre las cuales se encontraban tres ó cuatro mujeres de esas que van demasiado bien ataviadas para que pasen inadvertidas.

Todos se hacían lenguas de la hermosa escultura que adornaba el centro de la mesa, siendo sus brazos envidia de las damas y pasmo de los caballeros que ni un momento la perdían de vista.

La figura que parecía de mármol estaba inmóvil con la cabeza alta coronada de flores. En su mano derecha, tendida hacia arriba, empuñaba un gran ramo y en la izquierda tenía una copa vacía.

El movimiento que imprimía al cuerpo la posición de los brazos y de las piernas, algo separadas, daba á la estatua escorzos tentadores y relieves pronunciadísimos que eran curiosos con avidez escótica y gestos simiescos por aquellas gentes de estragado paladar.

Bajo la seda de la piel corrían estremecimientos de vida. El mármol blanco palpaba sobre olas de sangre.

La fiesta fué larga, brutal, repugnante con todos los excesos de la gula y sin los encantos del placer colmado.

la estatua descendía de la mesa, despojó base de su corona y arrojando con asco el ramo trataba de huir, no obstante los esfuerzos que para impedirlo hacía Leopoldo.

Después les pareció oír un animado diálogo y que la estatua decía: —Déjeme Ud... cumplí lo pactado... —Todavía no —exclamaba Leopoldo... espera...

—Pero no vé Ud. que son las doce... que mi hijo se morirá de hambre... y yo tengo que anamantarlos...

Y como una fiera se lanzó por la puerta del gabinete. Desde entonces nadie ha vuelto á contemplar aquella escultura.

R. HERNÁNDEZ BERMUDEZ.

17 Diciembre de 1896.

(Prohibida la reproducción)

Nuevo cable.

En el Diario de la Marina de la Habana que hemos recibido ayer, encontramos lo siguiente: «Acaba de inaugurarse el nuevo cable á través de la parte del Atlántico, que media entre la isla de Haití y la de Concy, frente á Long Island y á la salida de la bahía de Nueva York.

Se ha dado grande importancia á la conclusión definitiva de dicha vía de comunicación por haberse opuesto un día el Fiscal general de los Estados Unidos á que el Tribunal Supremo diese la concesión pedida por la Compañía, alegando que ésta sólo pretendía realizar una jugada al público en beneficio de otras Compañías extranjeras; pero la «Union States and Haiti Telegraph Co.», negó semejante acusación y declaró ser una Sociedad americana bona fide, cuyo objeto era establecer un servicio en competencia legal con las líneas de Cuba y otras, para reducir en adelante las exorbitantes tarifas y concluir con el monopolio en beneficio del público y de las comunicaciones con América del Sur.

En efecto: la «United States and Haiti» ha repartido ya sus tarifas las cuales acusan precios que habrán de influir, de una manera notable, en los que hasta hoy han estado rigiendo.

La red que entronca hoy con la aludida compañía se compone de los siguientes cables, ya concluido casi todos:

Uno de la isla Tortuga, frente á las islas de Haití y Santiago de Cuba, y de allí á Jamaica, de donde arranca nuevamente, y cruzando por el fondo del mar Caribe, al Sur de la isla de Santo Domingo, pasa una de sus dos ramas por la capital de Puerto Rico, la primera, y por Ponce la segunda, yendo ambos luego á reunirse en la isla de San Tomás.

De ahí arrancan nuevamente dos ramas, uno al Sud, directo hasta la isla Trinidad, y el otro después de hacer escalas en las principales Antillas menores, llega hasta la misma isla de Trinidad, y por la costa de Sud América toca en Demerara, Panaribo y Cayena, de donde recorrerá después las costas del Brasil.

Otro ramal, salido de la isla Tortuga, toca en Puerto Plata, donde dividiéndose luego en dos, atraviesa el uno la isla de Haití hasta llegar á la capital de Santo Domingo, y de ahí va directamente á la Guayra, tocando á su paso en la isla de Curazao.

El segundo ramal, después de reostrar por el fondo del Atlántico y cruzar el estrecho que separa las islas de Santo Domingo y Puerto Rico, y asimismo el mar Caribe, va á parar á la isla Martinica.

Por lo que se ve, la importancia de dichas redes habrá de ser mucha para las comunicaciones entre ambas Américas y las Antillas todas.

HISTORIA DE UN LUNAR

Hace algunos años los periódicos españoles de mayor circulación publicaron repetidas veces el siguiente anuncio:

«Debe existir en Madrid, y sensible sería que hubiese fallecido, un hombre de veintiseis á veintiocho años próximamente, alto, rubio, que tiene un lunar en el lado izquierdo del bigote y que en el año 1872 vivía en esta capital y frecuentaba el café de Pombó, ó por lo menos estuvo en él la noche del 15 de Junio, con semblante muy alegre. Si se presenta en la oficina de la legación extranjera de... y contesta satisfactoriamente á las preguntas que se le harán para identificar su persona, puede considerarse hecha su fortuna.»

Fácil es presumir que tan extraño anuncio excitó la curiosidad novelera del público madrileño. No hubo quien, apenas tuviera simple indicación de lunar en la cara, no fuera á exhibirse en la cancellaría extranjera; el jefe de ella llegó á aburrirse de tanto importuno, que sólo por tener en la cara alguna pequeña mancha, quizás postiza, porque también las hubo postizas, se presentaba con admirable serenidad á pretender la anunciada fortuna.

Pasaron días y el anuncio cesó de publicarse, sin haberse presentado el dichoso mortal, porque si hubo alguno que realmente tuviese algo parecido al famoso lunar, sus contestaciones á las preguntas del grave canciller demostraban al momento que no era el hombre que se buscaba.

La cosa, pues, cayó en el olvido; el público novelero y ocioso es así: ávido de curiosidades y de emociones, no puede detenerse mucho tiempo en una sola; es preciso renovarlas y de este modo las nuevas borran el interés que las anteriores excitaban.

II. Sin embargo, mientras esto sucedía, el verdadero hombre del lunar, la persona que realmente era objeto del anuncio, existía en Madrid; pero haciendo una vida muy retirada y con escaso trato de gentes, no tuvo noticia alguna de tal anuncio.

La fortuna, pues, había llamado á su puerta, y hallándola cerrada, había desaparecido.

Este afortunado ó desdichado mortal era D. Eugenio Delvi, empleado modesto en una de las dependencias del ministerio de Hacienda.

Eugenio era lo que se llama hoy, y con exageración se aplica, un tipo; pero tipo recomendable, aunque casi increíble en los tiempos que corren.

Hijo de un empleado de su misma oficina, que era uno de esos veteranos de la pluma afiliados al presupuesto del Estado, en cuyas mesas había pasado cuarenta años de su vida sacando tinta á pulso, sin provechosos que le permitiesen dejar la más pequeña fortuna á su familia, Eugenio creció á la sombra, puede decirse, de la taquilla de su padre.

A los quince años quedó huérfano, en pobre y honrada orfandad, sin haber heredado del autor de sus días más que un caudal de honrada sencillez, de excelente carácter y de no menos excelente corazón.

El jefe de la oficina, compadecido de su situación, y aficionado al muchacho por haberle visto hacer algún trabajo de aprendizaje, le nombró meritorio, y algunos años después escribiendo, porque sacó de las lecciones de su padre un hermoso carácter de letra española.

Tenia, pues, Eugenio mil pesetas de sueldo anual, es decir, lo que tienen muchos criados de casas aristocráticas; y sin embargo, era relativamente tan rico, y quizás más feliz que los opulentos dueños de esas casas.

La base de su modesta riqueza no era sólo su pequeña paga mensual, única renta de aquel obrero de levita con título de funcionario público, sino sus condiciones morales.

Eugenio, por efecto de la obscuridad en que se educó, por temperamento ó por una resignación que casi dejaba de ser virtud, por ser un hábito inveterado, era un joven de carácter sencillo, de aficiones moderadas, contento con su suerte y destituido de toda ambición.

Su género de vida se reducía á una puntualidad sistemática á la oficina (lo cual le había proporcionado la reputación de excelente empleado, sin duda por cuestión de comparaciones), dar algún paseo, cumplir sus deberes religiosos, asistir á los espectáculos que no costaban dinero, jugar alguna partida de dominó en que se aventuraban un par de cigarrillos, y las domingos darse el gran placer, la calaverada, el desparramo, de tomar, sin dar propina, una taza de café en el de Pombó.

La economía estaba infiltrada en todos los actos de su vida, de tal manera que le permitía hacer prodigios con su modesta paga, puesto que cubría todas sus necesidades, sin sobrante, pero sin déficit, lo cual pudiera envidiar los ministros de Hacienda de nuestra España.

La juventud de Eugenio se deslizaba, por lo tanto, bajo un sistema de sencillez, de monotonía y de arreglo, contraste notable con la existencia azarosa que es peculiar en las grandes poblaciones.

Hubo, sin embargo, en esa vida tan pacífica un suceso capaz de trastornar á Eugenio por mucho. Débil por primera vez á las seducciones de un compañero suyo, gran jugador de lotería, puso dos pe-et-as á ese juego. Ocho días estuvo arrepietándose de aquellos doscientos céntimos, verdadera brecha abierta en su modesto presupuesto, reparable tan sólo, según él pensaba, con privarse algunos Domingos de la consabida taza de café.

Pero un día, al entrar en la oficina, se vió sorprendido por los abrazos y felicitaciones de sus compañeros. El billete eu que puso las dos pesetas había obtenido un premio, del cual correspondían á Eugenio cuarenta duros. Creyó volverse loco de alegría. «Cuarenta duros!... es decir, más de dos pagas extraordinarias, era un acontecimiento tan importante para él como lo hubiera sido para otra persona el premio gordo de la gorda lotería de Navidad.

Al principio dudaba y casi temió que fuese una broma de sus amigos; pero cuando recibió sus ocho hermosas monedas de cinco duros, se creyó tan rico como un rico banquero. Entonces empezó para él una grave cavilación. ¿Qué hacer con tanto dinero? Por primera vez trabajó poco y mal en la oficina, porque pasó todo el día haciendo proyectos de distribución de aquel caudal. Ante todo, separó lo suficiente para dar á su patrona dos meses adelantados del puplaje de seis reales que pagaba; pensó comprar algún calzado que le hacía falta, poner 50 pesetas en la Caja de Ahorros, y en fin, para acabar de hacer tan alegres cálculos y darse también algún desahogo de placer, se encaminó por la noche al café de Pombó á fin de regalarse con la consabida taza por extraordinario y con propina al mozo, á pesar de no ser Domingo.

Pocas veces se habrá sorbido la infusión del moka con mayor contento. El buen Eugenio, mientras lo saboreaba, saboreaba también mentalmente las delicias de su nueva posición, que empezaba con el desahogo de tener pagado el puplaje por adelantado y concluía por ser ya propietario con renta de una cartilla de la Caja de Ahorros. Era un conjunto de venturas capaz de embriagar aquella alma tan sencilla y buena.

Así, pues, al salir del café, iba tarareando alegremente aquellos versos de la zarzuela El Juramento: [Que bella es la vida que el cielo nos dió... De repente se le interpone una persona, que le detiene con ademán suplicante é interrumpe su bulliciosa alegría. Era una pobre vergonzante, de buena figura á juzgar por el exterior, que cubría un traje negro, siendo negro también el espeso velo que tapaba su rostro. Con voz temblorosa le pidió una limosna, diciéndole que la pedía por primera vez, para que su hija, enferma, no pereciese de hambre, y que lo hacía en aquella calle de Carretas, por donde en otro tiempo había pasado varias veces en coche propio.



